

expuesta su carrera, acaso corta y desdichada, acaso larga y fecunda en gloria y bienestar. Dos recuerdos llevaréis en el alma hasta el sepulcro: dos recuerdos, á cual más delicioso, el del templo y el del claustro: el de la Virgen del Rosario y el de la dulce fraternidad, que, bajo una dirección paternal, habéis saboreado en este hogar bendito. ¡Oh! ¡no olvidéis, pues, á Jesús, fruto del árbol virginal que prestó dulce sombra á vuestra juventud! Así sea.

#### PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

(predicado en la capilla de las religiosas de la Enseñanza, Bogotá, 1895).

#### María, Reina de los apóstoles.

In Iacob inhabitat... et in electis meis mitte  
radices. Eccli. 24, 13.

1. No es Zaragoza únicamente, ni España, ni la América española, heredera de las glorias de su Madre, quien hoy se regocija con el recuerdo del advenimiento de María, viviente aún en carne mortal, á las márgenes del Ebro, para visitar y esforzar á su querido apóstol, Santiago el Mayor: es la Iglesia entera la que, llena de júbilo y gratitud, se complace en recordar este célebre episodio de su historia allá entre los albores del cristianismo. Y con razón, venerables religiosas de Nuestra Señora; porque, si bien España y las Américas tienen sobrados motivos de gloriarse en el Señor por las singulares prerrogativas con que las distinguió su Madre, la gloriosa Virgen del Pilar, como ciertamente

no honró á todas las naciones<sup>1</sup>; también tiene derecho á celebrar este dichoso acontecimiento la Iglesia universal que debió su establecimiento y progresos, después de la gracia de Jesucristo, al celo de los sagrados apóstoles, estimulado y protegido poderosamente por María. Y de esta misma protección ¿qué testimonio más irrefragable que la aparición de Nuestra Señora en el Pilar de Zaragoza?

2. No me detendré, carísimos oyentes, en describir el sobrenatural portento de la traslación de la soberana Virgen desde Jerusalén hasta España, por ministerio de los ángeles, ni trataré de pintaros con muertos colores la gloria de su aparición sobre un trono de nubes refulgentes al venturoso apóstol que á orillas del gran río y en el silencio de estrellada noche, oraba fervorosamente por la conversión de aquellas gentes fieras, hasta entonces refractarias á la luz del Evangelio. El hecho, aunque de carácter sobrenatural y extraordinario, es demasiado notorio por su grandeza misma, y demasiado auténtico por los monumentos en que descansa, para ser fácilmente desmentido por la crítica racionalista; ni puede ser ignorado por los pueblos católicos que tan ardiente amor profesan á la Virgen del Pilar; y mucho menos por la comunidad religiosa que la venera, ha más de un siglo, por patrona. No debiendo, pues, insistir en describirlo, me aplicaré á construir, aunque flaco de fuerzas, sobre la base magnífica del hecho, un nuevo elogio, que no será más que el eco de las mil voces de alabanza que aclaman cada día á la excelsa Virgen Reina de la Iglesia, Madre y abogada del pueblo cristiano, vida y salvación del hombre.

<sup>1</sup> Ps. 147, 20.

Yo la aclamaré el día de hoy *Reina de los apóstoles*<sup>1</sup> por especiales títulos, cuya consideración será la materia del presente discurso, y que, á mi ver, se desprenden con suma naturalidad de la historia que sirve de base á nuestra fiesta.

Veremos, en efecto, que María, llena de la abundancia de las virtudes apostólicas, ampara á los apóstoles de Cristo, asegurando con su protección el éxito de las gloriosas empresas del apostolado; y, no contenta con haber dispensado sus favores á los primeros heraldos del Evangelio, continúa prestándolos á través de los siglos, á los varones apostólicos, promoviendo siempre en las almas religiosas el espíritu del apostolado cristiano, que no ha faltado ni ha de faltar nunca en la Iglesia. He aquí, religiosísimos oyentes, el asunto de vuestra atención, para cuyo desarrollo os ruego me ayudéis á implorar los auxilios del Espíritu Santo por intercesión de la misma Virgen. *Ave María.*

#### I.

3. Reinan, lo mismo en el cielo que en la tierra, significa, amados fieles, no sólo poseer cetro y corona y mandar con plena potestad á millones de súbditos prontos á rendir homenaje y obediencia; reinan no sólo designa la posesión de aquel cúmulo de honores y grandezas que constituyen el más alto grado de la jerarquía social y el pináculo de la elevación: significa también, y con igual propiedad, estar dotado de suprema excelencia y perfección en cualquier género, á virtud de la cual el afortunado personaje que es dueño de ella merece los honores, también supremos, de la

<sup>1</sup> Regina apostolorum (Eccl. in Lit. lauret.).

admiración, el aplauso, el respeto y el amor. Existen, según esto, dos clases de reinado, el de la jurisdicción y el de la superioridad: hay dos principados ó realezas, la del mérito y la de la jerarquía. Ahora bien, de cualquiera de estos modos el reinado sobre los apóstoles pertenece á la soberana Virgen del Pilar, Reina universal de cuanto hay de grande en cielo y tierra. Ella reina porque es obedecida y acatada, lo mismo por las legiones de los ángeles que por la turba de los fieles; y reina también por la incomparable excelencia de sus virtudes y merecimientos en todo linaje de perfección natural y sobrenatural. Mas, concretándome al tema del presente panegírico, digo en primer lugar que María reina sobre los apóstoles porque posee la plenitud del espíritu y de las prerrogativas que enaltecen el carácter de los sagrados apóstoles. ¡Oh príncipes excelsos de la Iglesia de Cristo! vuestra grandeza moral sobrepaja á toda otra grandeza, pues Dios os puso como antorchas sobre el candelabro para iluminar al mundo entero: *Vosotros sois la luz del mundo*<sup>1</sup>. Pero vosotros convenís conmigo en reconocer otra grandeza mayor que descuella por encima de la vuestra, como el alto cedro sobre los arbustos; vosotros acatáis con ferviente entusiasmo la alteza de María, la cual preside, como reina, á vuestro senado augusto, por lo mismo que os lleva ventaja en todas las gracias del apostolado.

4. En efecto, cristianos oyentes, nadie ha podido poseer el espíritu apostólico con aquella plenitud con que lo poseyó María. La razón es evidente. Porque, si decimos que ese espíritu es la participación del de

<sup>1</sup> Matth. 5. 14.

Cristo, cuyos heraldos y lugartenientes son los apóstoles, ¿quién ha debido de participar en mayor abundancia del espíritu de Jesús que su propia y verdadera Madre? Y, si es el fuego sagrado del Espíritu Santo el que prendió en el pecho de los primeros apóstoles para que, dispersos por la faz de la tierra, encendieran todas las almas en el amor de Dios, después de iluminarlas con la luz del Evangelio, ¿quién más iluminada y encendida que María? ¿quién recibió en el Cenáculo mayores efusiones del divino Espíritu? ¿quién poseyó en más alto grado la luz de la verdad para enseñarla al mundo, y el fuego de la caridad para abrasar á todas las criaturas en el amor del Criador? Nadie, pues, disputará á María, por este título, el cetro del apostolado.

Pues ¿qué diré de las prerrogativas verdaderamente singulares con que plugo á Dios adornar á los primeros apóstoles? ¿qué, de su infalibilidad, de su impecabilidad, de todos aquellos dones y carismas con que fueron enriquecidos por el Espíritu Santo, cuando descendió sobre cada uno de ellos en figuras misteriosas? Y ¿no es María más rica que todos ellos juntos en todo género de gracias, así la santificante como las *gratis datas*, y en todo linaje de dones celestiales? No cabe duda de que en la Virgen Santísima, como Madre de toda la Iglesia, debieron de hallarse reunidas como en su fuente todas aquellas manifestaciones del Espíritu que enumera el Apóstol<sup>1</sup>, repartidas de ordinario entre los varios miembros de la Iglesia: sabiduría, ciencia, profecía, discernimiento de espíritus, don de lenguas, gracia de curaciones, poder de hacer milagros, y cuantas suele Dios conceder á los que destina al ministerio apostólico

<sup>1</sup> 1 Cor. c. 12 per totum.

para edificación del cuerpo de Cristo. Mas, por grandes y excelentes que sean estos dones, el mismo santo Apóstol los considera inferiores á otros que llama *mejores carismas*, á cuya consecución exhorta á los fieles de Corinto: *Aemulamini charismata meliora*<sup>1</sup>; y el más subido de ellos es la caridad, de la cual dice que vale infinitamente más que el poder de trasladar montañas y hablar lenguas, no sólo de hombres sino de ángeles. De donde en buena argumentación se infiere la sobreexcelencia de la Virgen Santísima en orden á las prerrogativas apostólicas, supuesto que á los mismos ángeles excede en la gracia excelentísima de la caridad.

5. Y este solo argumento bastaría, cristianos, para asegurar en las sienas de la gloriosa Virgen María la corona de Reina de los bienaventurados apóstoles. Pero es preciso contemplarla también en el campo de acción, dirigiendo aquellas empresas gigantescas que dieron por resultado la transformación moral del mundo. Contemplad á María en el Cenáculo, en aquel gran día en que quedó fundada la Iglesia por la iniciación de los apóstoles en el ministerio á que los destinara Jesucristo. De vuelta del monte Olivete, donde fueron testigos oculares de la Ascensión de su divino Maestro á los cielos, permanecen recogidos en el sagrado lugar designado por el mismo Cristo, y aguardan en compañía de María la venida del Paráclito que se les ha prometido. *Recibiréis el Espíritu Santo, y desde entonces seréis mis testigos en toda Judea y en Samaria y hasta en las últimas regiones de la tierra*<sup>2</sup>. Una vez cumplida la promesa, y repletos ya de la abundancia del divino Espíritu, no bastando á contener

<sup>1</sup> 1 Cor. 12, 31.

<sup>2</sup> Act. 1, 8.

dentro de sí aquel torrente de luz y de llamas que se desborda por sus labios, los discípulos de Jesús, alentados por la Virgen, se lanzan á las calles y plazas de Jerusalén, y empiezan á predicar en todas las lenguas de los pueblos allí providencialmente reunidos<sup>1</sup>. Y lo que hablaban eran las grandezas de Dios, *magnalia Dei*, lo mismo que había cantado María delante de Isabel, y con tanta sublimidad y tan divina elocuencia que ponían espanto y admiración en todos. ¡Con qué transportes de gozo contemplaba la soberana Virgen estos primeros y brillantes triunfos de sus hijos para gloria de su Hijo Dios! ¿Quién como ella comprendía los planes misericordiosos del Señor en la fundación de la Iglesia para la redención del mundo? ¡Cómo repetiría jubilosa y extática: *Fecit potentiam in brachio suo*! Ved ahí, pues, á la Reina de los apóstoles presidiendo en Jerusalén los primeros movimientos del colegio apostólico.

Pero los embajadores de Cristo deben cumplir con el encargo recibido: *Id por todo el universo y enseñad á todas las naciones*<sup>2</sup>; y es preciso repartirse el globo conocido para llevar á todas partes la buena nueva del reino de Dios sobre la tierra. ¡Ah! ¿cómo habían de alejarse unos de otros aquellos que ya se amaban como hermanos en Jesús sin despedirse, con lágrimas en los ojos, de la Madre de Jesús? ¿cómo abandonar los sitios consagrados con los misterios de la Redención sin recibir primero la bendición y los dulces consejos de la compañera de Jesús en el Calvario? Hecho esto, María presidió también á la dispersión de los apóstoles por el universo para ir á establecer el reinado de Cristo.

<sup>1</sup> Act. 2, 4.<sup>2</sup> Marc. 16, 15.

Y aquí podemos afirmar: *ibant gaudentes...*<sup>1</sup> ¡Oh! ¡qué alegres y animosos se lanzaron entonces los doce conquistadores del mundo á la más arriesgada y gloriosa de todas las empresas!

6. Helos ya en acción discurriendo por la tierra. Roma, Atenas, Alejandría y el remoto oriente los miran, y asombrados se preguntan: ¿Quiénes son estos hombres tan extraordinarios? Ellos entretanto no saben apartar los ojos de Jesús cuya imagen llevan grabada en el corazón, y cuyo nombre suena sin cesar en sus labios; pero, al pensar en Jesús, ¿cómo olvidar á María? María, que sólo alienta y vive por Jesús, tampoco olvida á sus hijos adoptivos, á los fieles amigos de su Hijo: ella piensa continuamente en sus amados apóstoles, que Jesús llamó hermanos con singular predilección<sup>2</sup>; ruega por ellos día y noche, y ¡cuánto no pesa la oración de María en la balanza de la conversión del mundo! Á su vez los apóstoles dirigen al cielo sus plegarias, tan necesarias para la obra divina que traen entre manos, y las dirigen por medio de María, instruidos ya perfectamente de la eficacia de la mediación de la Madre de Dios y de los hombres. De esta suerte, aunque separados por enormes distancias, María y los apóstoles están siempre muy cerca en espíritu, trabajan de consuno en la misma obra: María protegiéndolos de mil secretas maneras, ellos predicando y obrando maravillas. Y, como si esto no fuera bastante á su celo de madre, he aquí que alguna vez, y en favor de algún apóstol más privilegiado que los otros, para el bien de algún pueblo felicísimo que parece ya desde entonces confiado al cuidado especial de la Santísima Virgen,

<sup>1</sup> Act. 5, 41.<sup>2</sup> Io. 20, 17.

la augusta Reina, dejando milagrosamente su retrete de Jerusalén, acude, salvando millares de leguas en brazos de los ángeles, al teatro mismo donde trabaja y batalla, aunque sin éxito, el gran Hijo del trueno; viene á Zaragoza y... todo lo demás ya lo sabéis, hoy mismo lo estáis celebrando con piadoso regocijo. Con su personal presencia sobre aquel memorable pilar y con dulcísimos razones alienta al gran Santiago, poniendo en manos del apóstol el arma más segura para rendir la dureza de aquella nación indómita, pero noble y generosa, cual es el atractivo de una madre que, venerada en humilde santuario, derramará en torno de aquella columna favores sin cuento y sin medida.

¡Prodigio grande, inverosímil, si no persuadiera lo contrario el amor de María á su apóstol predilecto y á su querida España! Desde entonces, á poco de haber subido Jesús á los cielos<sup>1</sup>, fué María venerada é invocada en el mundo, y en España primero que en ninguna otra parte, sobre el milagroso pilar de Zaragoza.

7. Y ahora ¿quién dirá, cristianos, lo que esta prodigiosa aparición de la Reina de los apóstoles contribuyó al establecimiento de la religión cristiana en aquella importante comarca, en toda España y hasta en las lejanas tierras, más adelante descubiertas por Colón y conquistadas para el Evangelio por la nación católica por antonomasia? Este reino afortunado no tarda en abrazar la fe de Cristo; y, lo que es digno de toda admiración, abrázala con tal ardor y tan heroica firmeza, que ni el poder colosal del islamismo, ni el furor de las herejías antiguas y modernas, ni el seductor atractivo de la impiedad contemporánea, han sido parte

<sup>1</sup> El año 45 de J. C.

para arrancar la fe del corazón de la nación española y de sus hijas, las jóvenes repúblicas de América. La idolatría romana sucumbió en Zaragoza, ahogada en la sangre de innumerables mártires; el arrianismo de los suevos, vándalos y godos no logró tomar carta de ciudadanía en la patria de San Hermenegildo y Recaredo; las doctrinas del corán huyeron de Sevilla y de Granada perseguidas por la espada de los dos Fernandos; el protestantismo de Lutero y sus secuaces no pudo naturalizarse, á pesar de los mil esfuerzos y maquinaciones sectarias, en la poderosa monarquía del mayor de los Felipes; y aun el filosofismo del pasado siglo y el racionalismo del actual, no obstante haber contaminado muchas almas, y aun escalado las gradas del poder, produciendo enormes males é irreparables pérdidas á la España de Carlos III y á la decadente del fin del siglo XIX, todavía podemos afirmar que no han envenenado toda la sangre de la raza ibera que, en medio de sus extravíos, conserva vigorosa la savia de la fe y piedad cristianas que le infundieron Nuestra Señora del Pilar y su apóstol Santiago. Dígalo la muchedumbre de sus santos en todos los siglos de la Iglesia, hasta en el presente: atestigüenlo la renombrada sabiduría de sus doctores, admiración de los concilios, la envidable adhesión de sus obispos á la Sede Apostólica, la acendrada religiosidad de sus pueblos, manifestada en nuestros mismos días por magníficas peregrinaciones á Roma, á Montserrat, al Pilar de Zaragoza....

¿Qué podré decir de nuestra pobre América que, por extensión, también merece apellidarse *tierra de María Santísima*? Herederos de la pura fe de España, nuestros azotados pueblos lo han sido también de la singular protección de Nuestra Señora del Pilar. Ella,